

Venezuela: una noche demasiado oscura

«La libertad es un derecho humano inalienable, no negociable, y una exigencia de la democracia» (CONFERENCIA EPISCOPAL VENEZOLANA, 2018).

El 20 de mayo se celebraron en Venezuela elecciones presidenciales anticipadas respecto de lo previsto por su Constitución. Nicolás Maduro las necesitaba para su consolidación en el contexto de ruina y desesperanza del pueblo, *su pueblo*; y no ha ahorrado estrategias e irregularidades para erigirse en triunfador de unas elecciones fraudulentas, en un estado fallido y desorientado. De nada han servido las advertencias internacionales, ni la voz rotunda y valiente de los obispos venezolanos reunidos en su CIX Asamblea Ordinaria Plenaria que ya dieron a conocer el 12 de enero su profunda preocupación por “las graves y tristes situaciones que dibujan un panorama negativo y desolador”. En los catorce puntos de su *Exhortación*, la CEV (Comisión Episcopal Venezolana) denuncia con valentía “la dependencia de los organismos del Estado”, “la contracción de la capacidad de las personas y las empresas para crear empleo”, lo que lleva al “aumento de pobreza, desempleo, carencia de bienes básicos, descontento y desesperanza general”, y al “éxodo de millones de venezolanos”. Consideran que la ANC (Asamblea Nacional Constituyente) que convocó las elecciones con las que “el Gobierno usurpó al pueblo su poder originario”, es “inconstitucional e ilegítima en su origen y en su desempeño” porque “pretende erigirse en un supra poder con funciones ejecutivas y judiciales”; y con su

«Ley contra el Odio y la Intolerancia» criminaliza toda manifestación contraria y busca “provocar el miedo y la autocensura”.

La CEV pide, ante la emergencia económica y social de “desnutrición, protestas por hambre”, “muertes por inanición”, falta de medicinas y desesperación de la población, que “el Gobierno permita un Canal Humanitario que amplíe la labor actual de parroquias, Cáritas y otras instituciones y ONGs”; y “un cambio de rumbo” político. Admira la valentía de la CEV en su diagnóstico final: “El Ejecutivo ha fracasado en su tarea de garantizar el bienestar de la población: ni los servicios públicos, ni la industria petrolera, ni los cuerpos de seguridad, ni la sanidad pública, ni otros organismos han sabido responder a las necesidades de la gente. Las elecciones son el medio democrático para lograr ese cambio de rumbo”. No es nueva la advertencia: «La raíz de los problemas (del país) está en la implantación de un proyecto político totalitario, empobrecedor, rentista y centralizado que el gobierno se empeña en mantener» (CEV, «El Señor ama el que busca la justicia», 12 de julio de 2016). Pedir la libertad de los centenares de presos políticos, y la investigación y el castigo de quienes los torturan es casi una temeridad en este contexto de represión totalitaria, como bien saben y sufren muchos sacerdotes. La CEV aboga por el diálogo y la negociación entre el Gobierno y los representantes de la oposición; pero con “reconocimiento y respeto institucional” que “ha de fundamentarse en la integridad de los negociadores”.

I. Las elecciones en entredicho

De nada sirvieron las peticiones de la CEV, ni de la ONU, Cruz Roja, Cáritas, la OEA, los presidentes vecinos, la Unión Europea, Estados Unidos, Mercosur, el Grupo de Lima, entre otros, para que las elecciones se celebraran en diciembre según la Carta Magna y con garantías democráticas. El Observatorio Electoral Venezolano denunció en un informe detallado la consolidación por etapas del fraude: prisión de los políticos opositores desde hace años; desconocimiento en 2015 del triunfo de la oposición en la Asamblea

Nacional y creación de la anticonstitucional ANC; ilegalización de partidos y recorte de los plazos de presentación de candidaturas; sospechas fundadas sobre el sistema informático de recuento de votos, etc.

De los veinte millones de electores potenciales, los seis millones de votos del gubernamental PSUV (Partido Socialista Unido de Venezuela) son un indicativo claro de la fuerte abstención —54% según el Consejo Nacional Electoral; 88% según la empresa demoscópica Meganálisis— que Maduro ha tratado de conjurar con la coacción. A pocos metros de las urnas, en los *puntos rojos*, los electores debían registrarse con el Carnet de la Patria por temor a las habituales amenazas del caudillo —“o votos o balas” (*sic*)— y a la acción de los *colectivos*; o con la esperanza de recibir alimentos —siempre distribuidos por los CLAPs (Comités Locales de Abastecimiento y Producción)— a los que sin ápice de vergüenza ordenó: “ustedes saben cómo hacerlo, con lista en mano, cada beneficiario del Clap que venga a reafirmar su voto”. Con estos condicionantes es natural que no reconocieran los resultados ni el principal rival, el disidente chavista Henri Falcón —casi dos millones de votos—; ni los partidos de la mayoría parlamentaria opositora —buena parte de ellos ilegalizados—, ni prácticamente ninguna democracia. La nómina de los que sí los han validado es escueta y significativa: China, Irán, Cuba, El Salvador, Bolivia, Antigua y Barbuda, Nicaragua, Rusia, Siria y Turquía. Resulta incomprensible el intento de legitimización cuando el propio presidente en su toma de posesión juró “cumplir y hacer cumplir la Constitución” que precisamente ha conculcado; o cuando son muchas más las voces de quienes se duelen de la noche oscura que sufre el pueblo de Venezuela, entre ellas las de los obispos y los sacerdotes que por manifestarse forman parte de los “enemigos de la patria”, según el dictador bolivariano.

2. Una realidad socioeconómica límite

La *Exhortación* de la CEV no hace mella en un gobierno dictatorial; y los males denunciados han prolongado la noche oscura de los

ciudadanos. El hambre se ha extendido a amplias capas de la población de forma dramática. Estudios de 2017 de la Universidad Católica Andrés Bello, la Central de Venezuela y la Simón Bolívar revelan que el 60% de la población adulta ha perdido diez kilos en promedio; y que nueve de cada diez personas no tienen ingresos suficientes para alimentarse. La falta de alimento lleva al 50% de los niños que aún asisten a clase a dormirse en el pupitre, y la inoperancia del PAE (Programa de Alimentación Escolar) en el 90% de las escuelas no permite paliar esta terrible carencia. También faltan muchas medicinas, y el sistema de prevención y de atención sanitaria ha sido destruido a pesar de campañas de propaganda y de misiones de médicos y paramédicos cubanos. La falta de medicinas también incide en que epidemias ya superadas vuelvan con una regresión epidemiológica que se cifra en más de cincuenta años.

Maduro y los suyos forman una estructura de impunidad institucional que asesina a quienes protestan pacíficamente, cierra medios de comunicación, todo ello envuelto en una retórica izquierdista supuestamente liberadora. Resultan falsas sin paliativos tanto la frase de Maduro “La economía es el corazón de nuestro proyecto revolucionario”, como sus promesas poselectorales de “corregir todo lo necesario de la economía”. En el 2000, PDVSA producía 3,2 millones de barriles diarios, y en la actualidad solo la mitad; la industria ha sufrido en las dos últimas décadas una mayor disminución aún, con el cierre del 70% de las operaciones empresariales, por expropiación, ocupación o acoso. La producción actual de alimentos no llega al 35% de la de 1997; los recambios del parque automovilístico apenas existen, lo que deriva en la reparación ingeniosa del *carro* viejo al estilo cubano, y en falta de transporte público.

Dada su gravedad y su crecimiento constante, así como la opacidad oficial, es difícil calcular la hiperinflación venezolana. Los niveles señalados por organismos o consultoras externas no autorizadas —no se publican cifras oficiales—, oscilan del 2.375% al 18.000% en un país arruinado a pesar de su riqueza natural y en el que reina, junto a la pobreza extrema, la violencia. Según el Observatorio Venezolano de Violencia, los índices son superiores a los de países en

guerra y sitúan al país como el segundo más peligroso del mundo: de las 26.616 personas que murieron de forma violenta en 2017, 16.046 perecieron en homicidios registrados por la Justicia, 5.335 a manos de la Policía y del resto de cuerpos de seguridad, 5.035 sin que se abrieran expedientes ante tribunales. Solo en 2017 se registraron 89 muertes violentas por 100.000 habitantes; aunque el 64% de los delitos no son denunciados por falta de confianza en las autoridades.

Buscando comida, medicinas, libertad o simplemente sobrevivir, cerca de dos millones de venezolanos han migrado recientemente hacia los países limítrofes, especialmente Colombia, Perú y Brasil. Un éxodo doliente de más de un millón de refugiados sin rumbo cruzó el puente hacia Colombia, 400.000 han llegado a Boa Vista en Brasil, cientos de miles se han distribuido por Europa y Estados Unidos. Puesto que muchos emigrantes son retornados o tienen doble nacionalidad, no constan como migrantes; pero el éxodo total se estima en cuatro millones de venezolanos durante los pasados tres años. Sin embargo, alcanza cifras muy superiores si tomamos en cuenta la salida silenciosa en los últimos veinte años de parte de la clase media instruida. Entre ellos cabe situar al 60% de los estudiantes que han abandonado la universidad, es decir, con formación y sentido crítico, lo que no agrada al dictador en su laberinto.

3. Las raíces del mal

Las raíces de la situación son muy profundas y pueden encontrarse en el caudillismo sempiterno que caracteriza la historia de Venezuela y de muchos países hispanoamericanos, con su secuela de corrupción, populismo demagógico, clientelismo, quiebra de la legitimidad democrática, mesianismo carismático del *caudillo* y su esposa —con precedentes en Eva Perón, Cristina Kirshner, la mujer de Ortega—. Pese a la abstención interna y al rechazo internacional, Maduro sigue declarándose triunfador de estas elecciones anti-democráticas, que son el medio para consolidarse como presidente

eterno y totalitario de un territorio convertido ya en un narcoestado. En 2015 un sobrino y un ahijado de Cilia Flores, esposa de Maduro, fueron arrestados en Miami por introducir 800 kilos de cocaína; los nombres de un buen número de altos cargos del régimen ya están en la lista norteamericana de narcotraficantes de la OFAC (Oficina de Control de Activos Extranjeros). Tras la declaración como *persona non grata* del representante norteamericano de comercio, está la respuesta airada al congelamiento automático de cualquier activo en Estados Unidos de dieciseis empresas venezolanas y de cuatro panameñas presuntamente utilizadas para el blanqueo de capitales.

Lejos, muy lejos, quedan los tímidos intentos de modernización del país iniciados por presidentes democráticos, e incluso el acceso al poder de Chávez, aupado en las elecciones por una población cansada de que el reparto de la riqueza no llegara a todos por culpa de una democracia cuajada de corrupción. Chávez, detenido por su participación en el golpe de estado de 1992, pudo presentarse a las elecciones porque fue excarcelado por el presidente socialcristiano Rafael Caldera. Poco tiempo después de su victoria comenzó el retroceso institucional, con expropiaciones (con el dedo acusador y el “exprópiese”) hasta el giro castrista. Los programas de vivienda, educación y sanidad, cuando el petróleo aún era un negocio boyante y había mucho que repartir, conseguían el apoyo de una población que lo consideraba el hombre providencial. Chávez ganaba elecciones porque el ingreso petrolero, de la industria extractiva que en su tiempo garantizaba un altísimo beneficio, le permitió configurar un clientelismo sólido. En la actualidad, aunque Venezuela cuente con las mayores reservas de crudo del mundo y los precios del barril hayan subido, la rentabilidad de PDVSA se ha reducido significativamente, en gran medida por la falta de actualización de las plantas de explotación y por la expulsión años atrás de su personal especializado. Hoy solo cabría repartir pobreza, hambre, delincuencia, violencia, falta de libertad en un clima de oscuridad y quiebra moral.

4. Un ansiado despertar...

Como su maestro, ante el riesgo de pérdida del poder absoluto Maduro aplasta la disidencia sin demora: entre sus primeras medidas tras la toma de posesión, ha depurado cerca de cuarenta miembros de las fuerzas armadas por supuesta traición. La voz de la Iglesia que pide libertad, democracia, caridad y respeto para el pueblo doliente no ha sido escuchada, aunque la CEV clame que “la sociedad civil lleve adelante una consulta para señalar el rumbo que quiere dar a la nación como prevé nuestra Carta Magna (Cfr. art. 71)”. Ante las dos actitudes que señala la CEV, “la conformista y resignada, de quienes quieren vivir de las dádivas, regalos y asistencialismo populista del gobierno y otra, la de quienes, conscientes de la gravedad de los problemas, buscan instaurar unas condiciones de verdad, justicia e inclusión, aún a riesgo del rechazo y la persecución”, ¿cuál puede asumir el ciudadano? El futuro venezolano parece incierto, más cerca del modelo cubano que de alternativas democráticas. ¿Es posible que en las actuales circunstancias el pueblo retome el poder y salga de su noche oscura? Tal vez sí, si pueblo y oposición reaccionan aunando esfuerzos, abandonan tanto los personalismos como el conformismo y la desesperanza, y hacen efectiva la exhortación de los obispos cuando abogan por “el compromiso, la esperanza y la solidaridad”, con el lema “¡Despierta y reacciona, es el momento!” de san Juan Pablo II en su visita a Venezuela, en un ya lejano 1996. ■

SALTERRAE



CHRIS LOWNEY

Todos somos líderes

Cómo revitalizar la Iglesia católica

P.V.P.: 20,95 €

272 págs.

Más información en
www.gcloyola.com

La Iglesia católica vive un serio declive, una caída que será catastrófica si no es revertida por cambios radicales en su estrategia, cultura y estilo de liderazgo. Se necesita una estrategia de acción en la que participen tanto las bases como la jerarquía. Chris Lowney esboza en este libro los retos actuales y cartografía el camino por recorrer.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)

pedidos@gcloyola.com
